

**EL LIBRO DE  
LA SAL**  
**MONIQUE  
TRUONG**



*para mi padre,  
viajero que por fin ha vuelto a casa*

Este libro se escribió en dos islas, en dos países, tres Estados y cinco ciudades. Ha sido un viaje duro, espeluznante, pero sobre todo extraordinario. Por hacer posibles las partes extraordinarias, gracias a la Edward and Sally Van Lier Fellowship, Fundación Valparaíso, Corporation of Yaddo, Hedgebrook, Lannan Foundation, Asian American Writers' Workshop, Barbara Tran, Andrea Louie, Quang Bao, Hanya Yanagihara, David L. Eng, Isabelle Thuy Pelaud, Elaine Koster, Janet Silver, Lori Glazer, Carla Gray, Jayne Yaffe Kemp y Deborah DeLosa.

Tal vez no habría tenido la valentía de ponerme en camino si tiempo atrás no hubiese conocido a las siguientes almas que me ofrecieron todo su apoyo: Grace Yun, Russell Leong y Dora Wang.

Pero, a la postre, la metáfora del viaje resulta vacía, desprovista de sentido, sin algún lugar y alguna persona a los que regresar. Mi más profunda gratitud a Damijan Saccio, sin el cual no tendría lo uno ni lo otro.

Desde luego, fuimos afortunadas a la hora de encontrar buenos cocineros, aunque tenían sus puntos débiles en otros aspectos. A Gertrude Stein le gustaba recordarme que, de no haber tenido esas flaquezas, no habrían estado a nuestro servicio.

ALICE B. TOKLAS

## 1

De aquel día conservo dos fotografías y, naturalmente, mis recuerdos.

Habíamos llegado a la Gare du Nord con más de tres horas de antelación. Después de todo, había una cantidad tremenda de maletas y baúles de viaje. Tuvimos que hacer dos trayectos en taxi del apartamento a la estación para dar cuenta de todo el equipaje. Un grupo de fotógrafos reunidos para la ocasión se ofrecieron a vigilar la primera carga mientras regresábamos a la rue de Fleurus por más. Mis mesdames aceptaron el ofrecimiento sin dudarlo. Tenían una confianza casi infantil en los fotógrafos. Éstos, creían ellas, transformaban una ocasión en acontecimiento. Su presencia era indicio de que habían llegado la importancia y la fama. Sus cámaras destellantes, como las sonrisas brillantes de amigos perdidos tiempo atrás, habían caldeado rápidamente el corazón común de mis mesdames. Más bien amigos demasiado recientes para confiar en ellos, había pensado yo. Para entonces llevaba con ellas un lustro. Los fotógrafos no habían estado presentes desde el principio. Pero una vez dieron comienzo los preparativos para el viaje, acudieron a la entrada del 27 de la rue de Fleurus como abejas. Saltaba a la vista por qué los cultivaban mis mesdames. Cada visita de un fotógrafo era inevitablemente seguida por una carta que incluía un periódico o un recorte de revista con los nombres de mis mesdames envueltos en un halo de tinta roja. Los recortes, cada uno minuciosamente alisado con una plancha caliente, sobre todo si alguna arruga había caído con desconsideración sobre las caras de

mis mesdames, iban de inmediato a un álbum con cubiertas de cuero verde. «El verde es el color de la envidia», me instruyeron. Y al hacerlo, cruzaron miradas cargadas de intención en las que refulgía lo que sólo podría describirse como júbilo. Se comunicaban entre sí de manera críptica, pero tras tantos años en su compañía estaba al corriente de sus claves. El «verde» suponía que habían aguantado con desesperación ese día, se habían hartado de esperar en los umbrales de amigos y meros conocidos; que el álbum había estado al alcance de la mano desde el comienzo mismo, esperando impaciente su momento; que ahora estaban encantadas de llenarlo de fotografías de familia sumamente públicas. El «verde» ya no representaba su envidia sino la de los otros.

Sé que puede resultar difícil de creer, pero hizo falta que llegaran los fotógrafos para que me diera cuenta de que mis mesdames no eran en realidad... bueno, más; que pertenecían a un país más grande que cualquiera que hubiese visitado; que sus gentes tenían derecho a abrazarlas y reclamarlas como propias. Naturalmente, el 27 de la rue de Fleurus siempre había estado lleno de visitantes, pero eso era distinto. A mis mesdames les gustaba tener invitados, aunque también les gustaba verlos marchar. Muchos llegaban con la esperanza de ocupar un lugar permanente a la mesa del té de mis mesdames, pero yo sabía que tras la tercera tetera siempre acababan marchándose. En cambio, a mí mis mesdames tenían que pagarme para que siguiera allí. Una deliciosa pincelada de ironía, había pensado siempre. Los fotógrafos, no obstante, supusieron el comienzo de algo nuevo. Esa última hornada de admiradores era exigente en extremo y totalmente inconsolable. Me asombró ver que no se contentaban con llamar a la puerta del 27 de la rue de Fleurus, solicitando con amabilidad que se les permitiera entrar a tomar un té. No, los fotógrafos querían que mis mesdames se fueran con ellos, que dejaran la rue de Fleurus atrás, que la cerrasen con llave. Aquel día en la Gare du Nord sólo podía pensar en los flashes de las cámaras, en cómo nunca habían dejado de intimidarme. Eran lu-

ces que fingían iluminar pero en realidad estaban destinadas a cegar. Relámpagos que anunciaban una tormenta torrencial, pensaba. Pero supongo que era la aprensión del marinero que llevo dentro la que hablaba. Hacía once años desde que había hecho una auténtica travesía por el océano. Más de treinta en el caso de mis mesdames. El océano para ellas no era sino un recuerdo, una sosegadora extensión azul entre aquí y allá. Para mí seguía vivo y beligerante, un recordatorio de cómo la distancia no se puede medir por la inmensidad del mar abierto, de que aquello no era más que el principio.

Cuando mis mesdames empezaron a prepararse para el viaje, tenían intención de llevarse consigo a *Basket* y *Pépé*. El buque *Champlain* acomodaba de mil amores perros y demás mascotas, siempre y cuando fueran acompañados por un amo de primera clase. El problema, sin embargo, era América. No había ningún hotel, o al menos ninguno en su itinerario, que aceptase compañeros de viaje cuadrúpedos. La discusión fue brevemente emotiva, pero sobre todo breve. Mis mesdames se habían vuelto prácticas en los últimos tiempos. Ni siquiera la idea de que su caniche y su chihuahua adorados languidecieran en París, gimoteando o, en el caso del chihuahua, ladrando sin parar, durante meses cuando no años, pudo posponer el viaje a casa. Yo no les tenía mucho cariño que digamos a los chuchos, sobre todo al caniche *Basket*. Mis mesdames lo habían comprado en París en una exposición canina, en la primavera de 1929. Ese mismo año, algo más tarde, yo también me sumé a la familia de la rue de Fleurus. Siempre he sospechado que fue la proximidad de nuestras llegadas lo que llevó a ese animal a portarse tan mal conmigo. Los celos son instintivos, qué duda cabe. Todas las mañanas, mis mesdames insistían en bañar a *Basket* en una solución de agua con azufre. Habría sido imposible encontrar perro más limpio en ninguna parte. Las visitas a la rue de Fleurus a menudo se interrumpían a media frase para admirar el pelaje de *Basket* y su tono rosado como la ternera cruda. Al principio, creía que era el agua con azufre lo que había alterado el color

del rizado manto blanco de Su Alteza, pero luego reparé en que sencillamente estaba perdiendo pelo, que su piel, cual pellejo de embutido, había empezado a entreverse, un bochornoso espectáculo sicalíptico provocado sin duda por sus baños matinales. Así pues, mis mesdames empezaron a vestir a *Basket* con pequeños atuendos similares a capas cada vez que había visita.

Yo era capaz de lavarme y vestirme solito, gracias. Aunque, al igual que *Basket*, también tenía unos cuantos admiradores. Bueno, tal vez sólo uno o dos. *Pépé* el chihuahua, por el contrario, era pequeño y odioso. Apenas era un perro, todo ojos y un hociquillo húmedo. *Pépé* no debería haber tenido admiradores, pero, al igual que *Basket*, era un buen ejemplo de cómo el afecto de mis mesdames iba a parar en ocasiones donde no correspondía. Naturalmente, ellas me pidieron que las acompañase. Habría sido inimaginable que invitasen a *Basket* y *Pépé* y a mí no. Ni soñarlo. Nosotros, hay que tenerlo en cuenta, llevábamos juntos más de un lustro para entonces. Había viajado con ellas a todas partes, aunque en realidad eso sólo suponía de París a su residencia estival en Bilignin. Mis mesdames, que ya tenían más de cincuenta años cuando las encontré, habían perdido sus ansias viajeras. Para ellas, un viaje se había convertido en un trayecto sin incidentes de un lugar conocido a otro, un desplazamiento en automóvil a través de los colores mates de la campiña francesa.

Una travesía oceánica lo cambiaba todo. Mis mesdames empezaron a prepararse con meses de antelación. Encargaron vestidos, guantes y zapatos nuevos. Nada era extravagante pero todo era lujoso: chalecos bordados con flores y distintas clases de pájaros, trajes de viaje de hermosas telas de mezclilla con ribetes de terciopelo marrón y botones, zapatos idénticos salvo por los tacones y el número. El par más grande hacía apenas una leve tentativa de alza. Eran como de colegiala en su elevación, pero masculinos en lo tocante a la proporción. El par más pequeño aspiraba a alturas mayores, aunque no precisamente vertiginosas. A mis



dos mesdames, hay que tenerlo en cuenta, les preocupaba mucho la comodidad.

«Iremos en tren de París a El Havre, donde estará fondeado el *Champlain*. A partir de entonces, el Atlántico será nuestro anfitrión durante seis o siete días, y luego se avistará flotante la ciudad de Nueva York. De Nueva York, pondremos rumbo al norte hacia Massachusetts, luego rumbo al sur hacia Maryland y Virginia, después al este hacia Ohio, Michigan, Illinois, Texas, California, hasta las orillas del Pacífico y luego, quizá, de regreso otra vez.» Cuando cartografiaban el viaje previsto, el nombre de cada ciudad —Nueva York, Boston, Baltimore, Cleveland, Chicago, Houston, San Francisco— daba una nota de entusiasmo a sus voces por lo demás átonas. Les temblaba especialmente al mencionar los aviones. Querían contemplar América desde un auténtico punto de vista del siglo xx, según decían a los fotógrafos. Hay que ver, se decían la una a la otra. Dejar volar la imaginación ya no era sólo una frase hecha. Se preguntaban cuánto costaría adquirir un aparato propio, un avión de segunda mano, claro. Mis mesdames, después de todo, seguían siendo personas prácticas.

Yo era en cierta medida supersticioso. Estaba convencido de que el destino debía de haber prestado oídos a ese ensueño de viajes y vuelos. ¿Cómo no iba a serlo cuando la carta llegó a la rue de Fleurus ese mismo día poco después? Fue todo un acontecimiento. Mis mesdames me entregaron el sobre en una bandejita de plata. Comentaron que les había chocado reparar en que nunca habían visto escrito mi nombre completo. Lo que probablemente les chocó más fue darse cuenta de que, durante los años que había pasado a su servicio, nunca había recibido correspondencia alguna. No tuve que mirar el sobre para saberlo. Era de mi hermano mayor. Nadie más en aquel entonces habría sabido dónde encontrarme, que el 27 de la rue de Fleurus era mi hogar. Olisqueé el sobre antes de abrirlo. Olía a una ciudad lejana, acre a la espera de lluvia. Si mis mesdames no hubieran estado en la habitación, habría probado su sabor con la lengua. Seguro que hubiera hallado la punzada

familiar de la sal, pero lo que necesitaba saber era de qué clase: cocina, sudor, lágrimas o el mar. Quería que aquella misiva amortajada en papel se me revelara, me dijera antes de que emergiesen las palabras por qué mi hermano había tardado casi cinco años en contestar a mi primera y única carta.

Le había escrito a finales de 1929. Estaba borracho, sentado a solas en un café abarrotado. Aquel diciembre era un mes terrible para estar en París. Mis establecimientos preferidos se hallaban o bien abarrotados o tan vacíos que daban pena. La gente tomaba buenos vinos para festejar o engullía mejunjes de cualquier clase, ahogándose en la falta de moderación, alzaba la copa para abatir las inhibiciones, trasegando bebidas espirituosas para levantar el ánimo. Abundaban las expresiones, pero aquel mes de diciembre el tema de conversación era el mismo en todas partes: «Los americanos vuelven a casa.» Mejor aún, aquellos que no habían vuelto ya no eran tan arrogantes, ya no demostraban un orgullo desmesurado. Hace falta dinero, decía todo el mundo, para alimentar cosas así. Era cierto, los americanos volvían a casa, y eso, dependiendo de quién fueras, era motivo de alegría o motivo de duelo.

*Le mont-de-piété* de la ciudad, por ejemplo, estaba haciendo su agosto. «Montañas de piedad», desde luego. Qué francés, qué sarcástico utilizar semejante aglomeración de palabras poéticas para referirse a casas de empeño, lugares llenos de toda clase de objetos valiosos pero nunca de poesía. Las tiendas de empeño estaban inundadas, según había oído, de trajes americanos bien confeccionados. A finales de octubre, cuando empezó todo, había cloqués, velartes de algodón, linos. Menudo sacrificio en esa época del año, pensé yo. En París ya hacía demasiado frío para semejantes atuendos. Siempre me pareció adecuado empeñar mis trajes livianos cuando cambiaba el tiempo, así me protegía contra polillas hambrientas y ahorra en bolas de naftalina. El hambre también desempeñaba un papel decisivo. Pero para el comienzo de aquel invierno ya estaba claro. Los americanos empeñaban panas, lanas de tres hebras,

mezclillas ribeteadas en franela. La ropa de temporada sólo podía suponer una cosa. La desesperación exigía más espacio en el ropero. La desesperación prolongaba su estancia. El final de 1929 también trajo consigo frustración, podía escucharse en los cafés y en todas partes, sobre cuentas por valor de meses sin pagar, por no hablar de las facturas de hotel sin abonar y los alquileres atrasados. «Los fondos enviados desde casa no han cruzado el Atlántico», aseguraban los americanos que se marchaban. Los fondos de casa no habían llegado a enviarse o, peor aún, ya no eran suficientes, como sabía todo el mundo en París. Los americanos, no sólo aquí sino también en América, habían perdido sus fortunas. Un perverso deseo menor se había hecho realidad. Los parisinos echaban de menos el dinero, desde luego, pero nadie echaba en falta a los americanos. Aunque oí que en un primer momento se les había compadecido. Cuando los americanos empezaron a llegar tiempo atrás, los parisinos habían adoptado una actitud incluso caritativa. Al fin y al cabo, aquellas almas en pena habían huido de un país en el que una botella de vino, precisamente, se consideraba contrabando; una copa de champán, delito. Pero cuando quedó claro que los americanos no tenían intención de marcharse ni de mantenerse sobrios, los parisinos empezaron a sentir deseos de recuperar su ciudad. Sin embargo, ya era tarde. Las pautas de comportamiento habían quedado cómicamente claras. Los americanos venían aquí para satisfacer los «vicios» de su país. Primero invadieron los burdeles y luego hicieron lo propio con los cafés. Los parisinos entendían mejor que bien lo de las prostitutas y la bebida, pero, al cabo, fue la hipocresía lo que no resistió el traslado debidamente.

—Pero sigue habiendo rusos, húngaros, españoles... ni de lejos tan bien dotados, aunque deliciosamente provistos en otros aspectos.

Las risas que siguieron a esta observación me dieron a entender que en la mesa de al lado hablaban de algo más que dinero. Cuando se reunían en sus cafés, los parisinos rara vez hablaban de dinero mucho rato. Agotaban el tema

con un par de palabras. El sexo, por el contrario, era harina de otro costal, toda una épica, en realidad. Yo procuraba estar al corriente de los cotilleos, y de las noticias internacionales, si a eso vamos, en los cafés. Me llevaba un rato, desde luego, pero cuanto más me quedaba mejor podía entenderlo. El alcohol, según había averiguado, era un intérprete elocuente, si bien un poco impreciso. Aquella noche de diciembre había depositado mi confianza en una copa tras otra, aunque lo que tenía no eran ganas de beber sino de charlar un poco. Y como no tenía que ir a ninguna parte, me quedé allí y contemplé las paredes manchadas de tabaco hasta que tuve el monedero vacío y la vejiga llena, muy borracho. Peor aún, el alcohol me había engañado, me había hecho promesas y luego se había negado a cumplirlas. En otras ocasiones, los vasitos habían difuminado las junturas dentadas entre las palabras francesas, pero aquella noche no hicieron sino exagerarlas y amolarlas. Amenazaban con desgarrar y cercenar. Me acosaban con preguntas, se mofaban de cómo podía permanecer allí hurtando risas, sisando conversaciones, cuando ahora todo el mundo sabía que «los americanos vuelven a casa». Entonces el pánico se hizo con las riendas del interrogante: ¿Se irían con ellos mis mesdames? O, tal vez, la incógnita era más bien: ¿Cuándo?

No recuerdo haberle pedido al camarero papel y lápiz, pero así debió de ser, porque nunca llevo nada parecido en los bolsillos. Los cafés acostumbraban repartirlos gratis. Qué francés eso de vender agua y regalar semejantes artículos de lujo. El contenido de mi carta era torpe, plagado de detalles en los que sólo estaría interesado mi hermano mayor: mi salud, el coste de la ropa interior y el calzado, el precio de un billete de *métro*, mi sueldo semanal, el menú de mi última comida, la lluvia repiqueteando en la fachada de Notre Dame, París cubierta por una fina lámina de nieve. Había olvidado la apariencia tan distinta que tiene mi lengua sobre el papel, qué poco se parecen sus letras al sonido real. Las palabras, la mayoría de las cuales llevaba años sin pronunciar, se me entregaban con generosidad. La soltura, después de todo, es relativa. En aquella hoja, en otro

extremo del mundo, tenía soltura. No quería que cesara el rasguñar del lápiz, el retorcerse del papel, pero me estaba quedando sin espacio. Así que escribí en el margen: «Es posible que mis mesdames se vayan a su país. No quiero empezar de cero otra vez, escudriñar las ofertas de trabajo, llamar a puertas, marcharme solo. Mucho me temo.» Tenía intención de poner coma entre «solo» y «mucho me temo», pero, sobre el papel, un punto en vez de la coma había convertido un detalle a guisa de excusa pendiente en una confesión expresada sin rodeos. Podría haberlo arreglado con un rápido coletazo de mina, pero luego leí las frases de nuevo y pensé: Eso también es cierto.

La primera frase de mi hermano me asustó, me hizo preguntarme si de veras la había escrito él. «Es hora de que regreses a casa en Vietnam», afirmaba en una pasmosa evocación de la voz del Viejo, dotada de esa capacidad para sofocar y controlar como si te partiera el espinazo. Pero las frases que venían a continuación dejaban claro quién había sostenido el lápiz: «Eres mi hermano y ya está. No te ofrezco mi perdón porque nunca has tenido motivo para disculparte ante mí. Pienso en ti a menudo, sobre todo en el año nuevo lunar. Espero verte en casa cuando llegue el próximo. Te esperan una buena comida y un sobre rojo con dinero. Y yo también.» La carta tenía fecha del 27 de enero de 1934. Sólo había tardado un mes en llegar a la rue de Fleurus. No ofrecía ninguna explicación de su demora en la contestación, salvo que en casa había cambiado todo. Aseguraba que era mejor que me enterase en persona. Lo que daba a entender era que el papel no era lo bastante fuerte para soportar el peso de lo que tenía que decir, pero que debería poner a prueba su resistencia de todas maneras.

En el margen de esa hoja, al otro lado del mundo, mi hermano firmó. Y luego, como si se le acabara de ocurrir, escribió las palabras «buen viaje» donde debería estar el final.

Doblé la carta y me la guardé en el bolsillo de mi único y, por tanto, mejor traje para el frío, y me marché a la Gare du Nord. El traje estaba planchado con esmero, si bien un

poco gastado. La carta estaba mucho peor. La grasa en la yema de mis dedos y el calor de mi cuerpo habían alterado su composición física. Las páginas se habían tornado traslúcidas por efecto de tanto manoseo, de las reiteradas lecturas, y la tinta se había desvaído hasta parecer púrpura. Era cada vez más difícil de leer. Aunque, en realidad, mi recuerdo ya había dejado obsoleto ese acto.

La primera fotografía del viaje se tomó allí mismo, en la estación. Se ve en ella a mis mesdames sentadas una junto a la otra con la mirada al frente. Esperan el tren a El Havre, charlando con los fotógrafos, mirando el objetivo con los ojos bien abiertos. Tienen la misma expresión que cuando se ponen un par de zapatos nuevos. Nunca se levantan y caminan de inmediato. Prefieren permanecer sentadas y dejar que los dedos de los pies exploren poco a poco dónde cede el cuero y dónde ciñe. Un ejercicio placentero para ellas, no me cabe duda, pues siempre cruzan una sonrisa con cierto aire conspiratorio. Yo estoy ahí, en el banco, detrás de ellas, a la izquierda. Soy el que tiene la cabeza gacha, los ojos cerrados. No estoy dormido, sólo pensando, y a veces me ayuda a ello la oscuridad. No estoy acostumbrado a las opciones, así que los meses que llevaron hasta aquel día en la Gare du Nord me habían supuesto una agonía, severa y nueva, que yo mismo me infligía y prolongaba. Había olvidado que el discernimiento puede hacerte sentir así.

Miro a veces esta fotografía y me pregunto si se tomó antes o después. Pura especulación a estas alturas, lo sé. Aunque creo recordar que, una vez lo hube decidido, levanté la mirada instintivamente, como si alguien acabara de llamarme por mi nombre. De ser cierto, entonces la fotografía debió de tomarse durante los momentos previos, cuando el corazón me latía a ritmo fuerte, sincopado, como el de los trenes que se acercan, y lo único que alcanzaba a oír en la oscuridad era un simple estribillo:

*No quiero empezar de cero otra vez.  
Escudriñar las ofertas de trabajo.*

*Llamar a puertas.  
Marcharme solo.  
Y sí, mucho me temo.*